Revista extranjera

Continúan las cancillerías de Berlín y París contándose el cuento de la buena pipa, y como el público se impacienta ya no se guardan los debidos respetos á las profundas jugadas del ajedrez diplomático sino que cada uno dice lo que le parece, sin pararse en irreverencia de más ó de menos.

Para los unos todo eso es una jugada, un *affaire* de algunos vivos para sacarle unos cuartos al gobierno francés. Hábiase de una sociedad de la que forman parte galos y teutones y ¡se propone, á costa de la tranquilidad de sus respectivos países, que M. Caillaux les indemnice con algunas millonadas. La *combinazione* resulta algo complicada, según han explicado los periódicos, pero se deduce que á algunos periodistas y políticos franceses se les importa poquísimo arrastrar á su país al borde del abismo con tal de hacerse con unos fajos de billetes del Banco de Francia.

Según otros, todo se reduce á una martingala del ministerio del Interior de Berlín para ganar las próximas elecciones, ó á lo menos, para que no salgan tantos socialistas como amenazan salir, por más que sean de distinto pelambre que los sindicalistas de Francia ó del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda.

Creemos, por nuestra parte, que la cuestión no es tan sencilla, y que, sin negar que puedan influir en el ensordecedor griterío de los periódicos los negocios de la sociedad franco-alemana y los preparativos electorales del gabinete de Berlín, hay en el fondo una verdadera cuestión de reparto no sólo de Marruecos, sino del Africa, entre Francia, Alemania é Inglaglaterra, aunque ésta pretenda compensaciones en otra parte que en el Oeste.

Si el gobierno alemán se vale del Africa para su fines políticos interiores, hay millones de alemanes que creen ha llegado la hora de que su país se extienda por allá. Un publicista que no es prusiano, sino bávaro, Herr H. Class, ha publicado, no ha mucho, un folleto que ha tenido la dignación de remitirnos, y se titula «El Marruecos Occidental alemán», del cual se han vendido en una semana 50.000 ejemplares. En este folleto sostiene el autor que Alemania debe extenderse por el Sur de Casablanca hasta Cabo Jubi, con los puertos de Mazagán, Safi, Mogador y Agadir, desde cuyo último punto avanzaría nada menos que hasta el 6.° meridiano occidental, comprendiendo las ciudades de Marruecos y Mequinez.

«Nos hace falta tierra propia para el cultivo del algodón, á fin de hacer la industria textil alemana independiente de los productores americanos,—dice Herr Class;—necesitamos un país rico en yacimientos minerales, para suministrar las materias necesarias á nuestra industria metalúrgica, sin necesidad de pasar por las horcas caudinas del extranjero, y requeriremos, en fin, un territorio de clima templado, para establecer en él nuestro exceso de población, que allí formaría una colonia neo-europea, la cual, al desenvolver sus iniciativas, se convertiría en una gran consumidora de todas las industrias de la madre Patria.

»De esta colonia no tiene necesidad Francia, que si mantiene su población en Europa es gracias á la inmigración y nacionalización constantes de belgas, alsacianos, lorenesés é italianos.

»Tenemos, pues derecho á exigir concesiones en Marruecos, máxime ahora que Francia realiza aprestos guerreros, en previsión de un conflicto armado con Alemania, y prepara tropas indígenas, reclutadas en el Africa del Norte.

«Francia,—termina diciendo el folleto,—posee ya la Argelia y Túnez, sin contar sus otras colonias. Dejarle además Marruecos, sin protestar, sería tanto como decir que Alemania consiente en cederle los medios para poner en pie de guerra un centenar de batallones, que un día podría lanzar contra la frontera del Este. Y esto sería una candidez, cuyas consecuencias fatales no dejaríamos de sentir.»

No se puede hablar con más claridad, y bien puede asegurarse que los africanistas alemanes se dejan atrás á M. Etienne y los colonistas franceses en punto á ponderar la imprescindible necesidad de apoderarse de tierras del Continente Negro. Para ello insisten en la *crecida* emigración germánica,—210.000 alemanes al año,—pero equivocándose de fecha en treinta años, pues desde 1882 apenas si se van 20.000 alemanes anualmente. Nada les importa, sin embargo, faltar á la verdad; quieren territorios en Africa, y principalmente en la costa meridional de Marruecos.

Podría ser, por lo tanto, que si la cosa no va de veras, jugasen con fuego el canciller y el ministro de Negocios Extranjeros de Alemania, desde el momento en que se va formando un «estado de opinión» favorable á las expansiones germánicas en Africa.

No negaremos que á veces los grandes sucesos reconocen un origen de poca importancia, pero creemos por otra parte en las leyes históricas, y estamos seguros de que aunque hubiese tenido otra forma la nariz de Cleopatra el mundo hubiera cambiado de igual manera.

De todas suertes nos conviene á los españoles que no haya guerra, aunque para ello tengamos que apagar otra vela de nuestro tenebrario. Ganasen unos ó ganasen otros siempre nos tocaría la de perder; ¡cualquiera resistiría el cacareo del *coq gaulois* ó los pisotones formidables del *Elephas primigenius* teutón!

***

Los suecos van á tener el gusto de ver aplicado dentro de pocos días, por primera vez, el sufragio casi universal, si vale la frase. Mandan allí ahora los conservadores, y no ven la necesidad de alterar la Constitución, que tiene cerca de un siglo de existencia y basta perfectamente á satisfacer todos los derechos, pero no lo entienden así los liberales y socialistas, que contagiados por el ejempo de Inglaterra desean realizar también una revolución, los primeros para disminuir las facultades del monarca y los segundos para imitar á Portugal.

Los conservadores cifran su principal interés en las cuestiones económicas, pero los otros prefieren entretenerse discutiendo reformas constitucionales. El pueblo dirá que le gusta más.

En cambio los belgas no tienen aun verdadero sufragio universal, y va para largo que lo tengan, pues para ello precisa alterar la ley fundamental del Estado y contar con una mayoría de las dos terceras partes de votos, cosa imposible para los liberales con el sistema de representación proporcional, pues aunque ganaran sólo tendrían dos ó tres votos más que los católicos, de igual manera que si en las próximas elecciones ganan los católicos, como parece probable, sólo tendrán también el «duplo de un voto», é poco más.

En cambio en España tenemos un sufragio universal hasta allá, y que rabien de envidia los belgas, y tantos otros como se ven privados de ese preciosísimo derecho.

A.

Cotidianas

La clase de Colorido, de la Escuela de Artes y Oficios y Bellas Artes, se dará en el Parque desde el curso próximo. Lo propio acontecerá con la de Paisaje. Esto, dicho así, parece una de tantas noticias dadas á título de información. Y, no obstante, ello representa el triunfo de una voluntad en beneficio de la enseñanza artística; ello, además, supone una multitud de ventajas para quienes luchan en reproducir el natural con la paleta en la mano.

Ya no habrán de limitarse á pintar academias, siempre con la misma luz zenital; que otra cosa no permitía la estancia á tal efecto destinada en lo alto de la Casa Lonja. El local ahora habilitado es muy capaz; de un lado, inmenso ventanal rasga el muro desde lo alto casi hasta el suelo; una gran claraboya deja, á la vez, entrar torrentes de luz, y otro de los lados permitirá sean abiertos de par en par los batientes de la puerta, que da á un anexo al aire libre, que será convertido en jardín; donde podrán entrar animales y hacerse estudios de todo linaje en plena luz.

Análoga disposición tiene la otra estancia destinada á clase de Paisaje, desde ella, en los días crudos del invierno, se podrán hacer notas de color; y cuando el tiempo abonanza, cabrá que los estudiantes se desparramen por aquellos jardines ó la sección marítima.

Y como aún queda una larga crujía, ésta se convierte en clase de dibujo, que será dada de día.

Los estudios artísticos ganarán así lo indecible.

Á esas mejoras hechas por iniciativa del nuevo director de la Escuela, don Manuel Fuxá, prestó desde el primer momento su apoyo el Ayuntamiento, facilitando una de las naves que se adicionaron al que fué Museo de Reproducciones, y realizando por su cuenta obras de importancia, á fin de poner el expresado local en condiciones de ser utilizado para el objeto á que ahora se le destina.

Hay que felicitarse de haber encontrado esta vez en el Municipio atmósfera de simpatía para llevar á efecto una reforma de tanto alcance para las enseñanzas artísticas.

SILICEO

Cartas de un filósofo rústico

TURISTA EN BARCELONA

III

Querido amigo: Y yo que te hablo de todo y aun de todos, sin decirte palabra acerca de la primera de las cosas que debí decirte, y es ese título de turista con que á mí mismo me bautizo en la cabecera de estas mis cartas. ¿Has visto tú que mote ese? Ahora nos llaman así á los que viajamos por placer y al viaje mismo que hacemos *tournée*. Lo de turista no me place: me suena á palabra hueca. Me han dicho que turista viene de *tour*, que en este caso significa vuelta, según me dice uno de mis compañeros de hospedaje, que es hombre instruído.

Y aquí viene el decirte que no me escribas á esta posada, porque voy á mudarme de hospedaje. Hay en esta casa, no uno, sino dos hombres muy instruídos, y no sabes la calamidad que es esa de encontrarte á las horas del yantar con uno ó más hombres instruídos ó ilustrados, que así son estos de que te hablo. Yo le perdono á la patrona todas sus fechorías en lo que respecta al cocido y demás manjares que nos sirva; pero que no se dé ella maña para hacer callar á estos hombres ilustrados, no puedo llevárselo en paz. Y es que además de instruídos son habladores.

Pero ahora se me ocurre una pregunta: ¿son habladores porque son instruídos ó parecen instruídos porque son habladores? Toda mi filosofía se dá de cabezadas contra las paredes del cráneo, sin conseguir la resolución de este problema. Como saben tanto tienen que hablar y de qué hablar y como hablan mucho resulta que parece que saben tanto.

Hay uno, sobre todo, que habla como un libro, y con esto he averiguado que sabe lo que dicen los libros, pero que él no sabe nada. Guárdate, Pedro, de estos hombres que hablan como los libros, porque son unos zotes. Este que te digo construye la oración y la frase en la forma gramatical más rectilínea que puedes figurarte: parece un maestro de escuela y habla y habla y habla y al oirle te parece oir una lección dada de corrido, sin inflexiones de la voz, sin claro-obscuro en el acento, sin la más pequeña y linda incorrección gramatical. Porque yo digo que en el hablar lo más lindo y expresivo es que de cuando se atraviese una incorrección que necesite del ademán y del visaje para que uno la entienda; pero que es entonces la verdadera expresión. Te digo que de tan instruído y tan correcto en la forma de hablar, es un estúpido este hombre.

Sin embargo, á veces son útiles estos individuos, grandes lectores de los conocimientos útiles que suelen llevar las revistas. Y verás lo que me ha dicho.

Ya sabes que yo, aunque rústico, fumo cigarrillos de á cincuenta, cosa muy extendida aquí, donde apenas le queda tiempo á nadie para liarse sus pitillos. Y había observado yo, desde que estoy en esta urbe, que el tabaco este que te digo no tiene el mismo gusto que el que se me sirve en la expendeduría del pueblo, ni aun el mismo papel ni la misma forma de liamiento.

Vamos, me decía yo, á estos de las capitales les trata la Arrendataria por diferente estilo. Escogerá para éstos las cajetillas mejores, y como pagan sus tributos, es justa, al fin y al cabo, la preferencia. Conque el otro día se me acabó la cajetilla y tiré desde el balcón el papel á la calle. No bien llegó éste al suelo un hombre de blusa que andaba por allí lo recogió afanosamente y se fué con él.

Yo, aunque filósofo, me reí del pobre hombre, pensando que si se figuraba encontrar algún cigarrillo olvidado, chasco se llevaría. Entonces el sabio de marras me dijo una cosa que te pondría á tí los pelos de punta y me ha quitado á mí las ganas de fumar. Dijome que la recogida de esos papeles de cajetillas es el complemento de la recogida de colillas de que tú habrás oído hablar, que con el tabaco de las colillas lían cigarrillos, que los envuelves en esos papeles abandonados, los pegan otra vez y he aquí que pagas á veces cincuenta céntimos por las mismas colillas y la misma cajetilla que tú mismo, si á mano viene, has echado á la calle, ó sea por unos cigarros que «ya han servido», como dice el salnetero, de ciertas fresas.

Y luego me fué contando como se elabora todo; y como sabe tanto de higiene como de microbiología, como del arte de recoger colillas, me puso carne de gallina al narrarme las mil porquerías que en estos centros tan civilizados tienes que tragarte.

Déjole yo toda entera la responsabilidad de tan grave inculpaciones; pero su viso de verdad tiene, porque si no era para esto que el sabio me contó ¿á santo de qué recogería tan afanosamente aquel hombre de la blusa el papel impreso por la Arrendataria y se lo metería en el bolsillo, como si hubiese sido una perra gorda?

Anda, y dime si no hay motivo, cuando se le habla á uno de las excelencias de la civilización, para darle al zote que las canta con toto el puño en las narices.

Anda y fíate tú de las cajetillas de cincuenta y aun del pan que comes.

IV

Pedro amigo: Pero dejemos esto de las cajetillas que lo más filosófico es no comprarlas y ni la Arrendataria ni nadie puede por ahora imponerte la obligación de tragar humo. Digo *por ahora*, porque el mejor día puede ocurrírsele á un ministro de Hacienda aumentarle el canon á la favorecida compañía y en cambio concederle la facultad de que ella imponga un cañonucito á los no fumadores y tal puede ser la gabela que te resulte más barato el fumar.

Dígote, Pedro, que á todo puede llegarse en estos tiempos de libertad y derechos individuales. Todo el secreto está basado en eso del canon, la gabela, el arbitrio ó lo que tú quieras llamarle, porque todo se reduce á cuartos. Puedes tú y puede cualquiera hacer lo que se le antoje, mientras pague la correspondiente contribución «al Estado, á la Provincia ó al Municipio» como tan amenudo dicenuestro diputado á Cortes en los discursos que de legislatura en legislatura viene á echarnos.

Esto es lo cierto en toda España, según tengo entendido; pero aquí un poquillo más, por lo que estoy viendo. Y me fijo en que hay dos castas de seres vivientes que gozan del privilegio de fastidiar al prójimo, sin más derecho que el que les da el satisfacer la consabida contribución al Estado, á la Provincia, etc. Una de ellas es la casta de los organilleros, que son los tañedores de aquelios pianos de manubrio que hemos visto algunas veces en la feria.

Yo te fío que si no pagas una contribución especial, no puedes salir á la calle á armar ruido con un perol ni con ningún artefacto por el estilo, porque en seguida se presentará uno de estos varios alguaciles ó corchetes y con malos modos te hará callar ó te meterá en la cárcel, cosa que te tendrás muy ganada; pero vas y alquilas un organillo de esos, que mete más ruido que diez peroles, y puedes jeringar el lucero del alba desde por la mañana hasta la noche, sin que nadie pueda meterse contigo y al que se meta es seguro que le ponen á la sombra. Todo estriba, como te digo, en la gabela correspondiente.

Y enfrente de ese arbitrio que pagan los organillos no tienes derecho individual alguno, porque no tienes derecho ni aun á echar una siestecita, en este tiempo de tanto calor y en que tan hermosamente le sienta al cuerpo. Ni tienes derecho á arrearle una pedrada al organillero ni aun á vaciarle encima del armatoste una palangana de agua ó cosa por el estilo. Mientras no se imponga una contribución sobre la siesta no tendrás derecho á echarla en paz.

Y esto es lo que á mí me sucede todos los días, de modo que he determinado suprimirla. No hago más que desabrocharme las calzas para echarme y enseguidita viene el horrible organillo, como si mis intestinos, al sentirse aflojados, lo evocaran. Lo mismo que con la siesta me ocurre cuando voy á escribirte, es decir, que aquí no se puede hacer cosa en paz, sin el consentimiento de esos del manubrio.

Y son legión, no creas, son legión, porque lo que sé todos los días es que cuando después de haberte echado á perder los oídos sientes una cierta satisfacción, un descanso del espíritu, al oir como se calla el aparato y echa á andar y viene en cambio el gratísimo sedante del silencio, de pronto, sin la más pequeña preparación ni advertencia... ¡cataplúm! otro organillo, que se ha acercado cautelosamente, y con alevosía te suelta el tremendo chorro de notas ¡qué notas! de incalificables ruidos.

Pero no vayas á creer que ninguno de esos hombres que le dan al manubrio vaya cometiendo esas fechorías por las calles, por la razón de ser lisiado ó ciego. No hay tal. La única razón de ese ruidoso y atrabiliario y vil sistema de mendigar, es el consabido arbitrio. Estos del manubrio suelen estar tanto y más sanos que tú y que yo y no son más que unos ganapanes, que se hacen con dinero para comprar ó alquilar uno de esos *admirables* inventos de la industria moderna, y con ello y el pagar el cañoncito «al Estado, á la Provincia ó al Municipio», salen adelante mejor y más descaradamente que el más hábil obrero.

Y esa que te digo es la música democrática por excelencia, de modo que si la suprimieras puede que hubiera un motín, no solamente porque es grata á los democráticos oídos, sino porque una de las piezas obligadas suele ser la *Marsellesa*, con ilustraciones y comentarios de rapidísimas escalas y porque además me huelo que la legión de organilleros son demócratas y rojos en su gran mayoría. Esto me dá, no solamente en los ojos, sino muy especialmente en la nariz.

Yo estoy rumiando á ver qué invento fiscal propondría yo «al Estado, á la provincia ó al Municipio», para que pagándolo los vecinos y huéspedes nos viéramos libres de esa plaga. Porque ya te lo he repetido: si no es mediante el pago de una contribución, no puedes fastidiar á ser viviente alguno.

Otro día te hablaré de otra casta de reventadores más nefandos aún que los organilleros.

EL LIC. PABLILLOS.

Hojeando la prensa

De *La Epoca:*

«Hay que tener en cuenta que si bien, más que por el desarrollo de la riqueza, por el aumento de los tipos de gravamen y por los recargos que se imponen (lo cual es muy distinto), se ha elevado en el último decenio la cifra total de ingresos, en cambio se ha aumentado en mayor proporción todavía los gastos.

De ello es buen ejemplo lo ocurrido en el año actual, para no citar otros ejemplos. Se ha suprimido el impuesto de consumos en Madrid, cediendo, además, una parte de los ingresos por contribuciones al Ayuntamiento; se anuncia para los años sucesivos que se hará extensiva aquella supresión á las demás poblaciones del reino, y no se ha votado ningún recurso con que sustituir esos ingresos que pierde el Tesoro.

En cambio se han votado créditos suplementarios y extraordinarios (últimamente para las atenciones sanitarias), y otros en cantidad que excede de 50 millones de pesetas en el año actual, después de los 113 millones que se otorgaron en el año último.

Y es claro que abandonando unos recursos para el segundo semestre, y elevando los gastos, no se puede contar para cubrirlos más que con algunos ingresos eventuales y lo que puedan producir ciertos recargos; por lo cual, aunque la cifra de recaudación en conjunto se haya elevado, no puede esperarse que continúe en lo que resta de año; mientras es un hecho que los gastos se han aumentado en cifra de mayor consideración que los ingresos con que se puede contar.

De ahí el que las ilusiones que hacen forjar las noticias que á veces se dan sobre el estado de la Hacienda, produzcan desencanto al examinar las liquidaciones definitivas del Presupuesto, y sobre todo al balance de situación del Tesoro.

Por otra parte, es cierto que, á veces, en los estados de recaudación se figuran ingresos que no son efectivos para el Tesoro. Así acontece cuando se formalizan débitos de fincas adjudicadas á la Hacienda en pago de los mismos débitos, que no producen ingresos en efectivo, ó se aplican á la cuenta de Presupuestos recursos que figuran en la del Tesoro por ventas de material hechas con anterioridad, y que ingresaron en el mismo á su tiempo, como se hizo, por ejemplo, en el año último con el millón de pesetas de la venta de un transporte de guerra enagenado en 1899, ó por ingresos de fianzas y depósitos en metálico que figuran en el *debe* del Tesoro por pago de intereses atrasados, ó por aplicación, en fin, de los sobrantes que quedan de emisiones de Deuda.»

***

De *La Depeche:*

«Actualmente, la solución de la cuestión albanesa ha devuelto á Austria su libertad de acción, que ella aprovecha para volver á ser la aliada y colaboradora de Alemania. Inglaterra paralizada por sus interiores perturbaciones, está, por el pronto, fuera de línea. Rusia acaba de firmar un compromiso con Alemania. Y, en cuanto á España, su inteligencia con nuestros adversarios es tan manifiesta, tan evidente, que nadie puede negarlo.

No es posible disimular que las negociaciones franco-alemanas se desenvuelven hoy día en pésimas condiciones para nosotros, tanto, que una ruptura de los *pourparlers*, que ayer hubiera sido ventajosa para Francia, hoy es una desventaja cierta, pues una ruptura significa hoy el mantenimiento del *statu quo*, y con él la permanencia de los alemanes en Azadir. Nos hallamos pues en un callejón sin más salida que la de hacer importantes concesiones.

Este estado de cosas está agravado singularmente por la persistencia de la hostilidad española hacia nosotros. El plan del gobierno de Madrid en la cuestión marroquí se desarrolla con una precipitación que demuestra de modo clarísimo la complicidad en que se apoya. Ya hemos anunciado en otro artículo que Alemania, por